



Celebración del 4 de julio

La Callejuela de los Patriotas

Por Edward E. Ericson, Jr.

(Edward E. Ericson Jr. es catedrático de inglés en el Colegio Calvin. Como estudioso de Solzhenitsyn produjo, en cooperación con el autor, una versión condensada de El Archipiélago Gulag).

(empieza el texto)

Cada 4 de julio, los vecinos nos reunimos temprano en una callejuela. Es una callejuela con pretensiones; se llama Camino de las Malvarrosas. Las malvarrosas ya no existen y en su lugar el concreto está teñido del púrpura de las moras. Nos levantamos para presenciar el Desfile del Camino de las Malvarrosas; después, la mitad de nosotros nos dirigimos a la callejuela para un servicio patriótico. Esto ya ha sucedido 63 veces. La concurrencia ha aumentado en años recientes y en 1997 habrá más de mil personas, alcanzando casi las grandes participaciones de antaño.

Organiza la festividad la Asociación Patriótica Calvin-Giddings. El área, que siempre fue multiétnica, ahora también es multirracial. Si se mudara usted a las cuadras entre los números 800 y 900 de Calvin o Giddings, las calles entre las que corre la callejuela, sería mejor que limpie, pinte y ayude con el planeamiento, pues de lo contrario los vecinos hablarán de usted. Imagínese la sorpresa de la familia que concretó la compra de una casa, y luego descubrió que su patio sin verja sirve de escenario para el programa anual.

Hasta a aquellos de nosotros que venimos año tras año nos sorprende un poco que una celebración de esta naturaleza siga despertando tanto interés en la década de 1990. Después de todo, es un regreso al pasado. Con frecuencia es absurdo. Pero en esta callejuela hacemos prácticamente lo mismo que hicieron nuestros antepasados inmigrantes. Estos probablemente lo hicieron mejor, pero por lo menos nosotros todavía lo seguimos haciendo. Como lo atestiguan las sonrisas de todos, nos gusta por el mero hecho de hacerlo. Es así como detenemos el tiempo.

Por la noche, en televisión pública, vemos el brillo, el trajín y el esfuerzo de la zona céntrica. Vemos aquí un desfile común y una ceremonia que nunca cambia y que carece de todo talento externo. Es puro ritual, con un significado mayormente recordado, y nos deleitamos en el fácil atractivo de lo ordinario. Mientras las carreteras están repletas de norteamericanos que abandonan la ciudad durante la fiesta, nosotros aquí planeamos nuestro verano para quedarnos en casa y remolinarnos en una callejuela que durante 364 días del año es desconocida.

El desfile se realizó por primera vez en 1934, cuando nuestros padres, en búsqueda de algo en que gastar la energía de sus hijos, decidieron desfilarse por el vecindario al son de trompetas. Una mujer, ahora octogenaria, que estuvo presente durante el desfile inicial, dice que la única canción que todos conocían era "Con valor marchemos, huéspedes de Jesús". Un vecino viejo y rezongón, despertado por el inesperado alboroto, llamó a la policía. ¡Disturbio! ¡A las 5:30 de la mañana! Al no haber un permiso para el desfile, la policía puso fin a la fiesta. El 5 de julio, los cuatro padres fueron al ayuntamiento y obtuvieron un permiso para el 4 de julio próximo. Los policías cambiaron de bando con placer y desde entonces han acompañado al desfile como escoltas, haciendo sonar sus sirenas. Es así como nace una tradición.

En 1935, Screech Owls, Inc., de Grand Rapids, Michigan, cortésmente demoró el toque de diana hasta las 5:45 de la madrugada. El desfile se hizo solamente a lo largo de la callejuela. Después de izar la bandera y de cantar el himno nacional, se dedicó una hora entera, desde las 6:00 hasta las 7:00, al estallido de petardos. Luego vino el desfile: "Todos los chiquillos, incluidos los chiquillos adultos, tengan a bien traer un tambor, una trompeta, una bandera, o todas estas cosas". Las 7:30 fue la hora para una "siestecita apacible (trate de dormirla)".

Al año siguiente se aplazó aún más el toque de diana, hasta las 7:00. El periódico de la ciudad se interesó en la celebración en 1938: "Por lo que se sabe, Grand Rapids es el único lugar en el país donde se celebra este acontecimiento". Hacia 1939, el orden de las actividades quedó establecido en forma muy parecida a lo que tenemos hoy; ya no se menciona el programa que precede al desfile ni los fuegos artificiales. El anuncio de 1940 lee en parte: "Siempre seguiremos siendo un país amante de la libertad, que no tolera dictaduras". En 1941 la asociación patriótica tramitó su escritura de constitución.

Ahora, a las 8:00 de la mañana, el órgano de vapor que cada año se saca del museo local despierta a los ciudadanos perezosos detrás de ventanas abiertas en cuadras a la redonda. A eso de las 8:30, hora en que empieza el desfile, estamos en el cordón de la acera. El desfile circula por varias cuadras, y la mayoría de nosotros nos movemos para verlo dos veces, aunque no hay mucho para ver. Los que ocupan el cordón de la acera son tan interesantes de observar como aquellos en la calle. Yo busco a aquellos que conozco. Veo una estudiante feminista de raza mixta que aplaude -- ¿a los políticos que desfilan? Veo un ex estudiante, que ahora es ministro presbiteriano de quién se sabe que une a homosexuales en matrimonio. Saludo a un italonorteamericano del instituto de investigación local, de orientación conservadora. Conecto con un jovial colega negro de la izquierda; hoy no tenemos argumentos. El unum anula al pluribus.

Aquí viene el desfile, en orden casual. Un hombre en un monociclo -- una vieja tradición en Malvarrosas -- con un chiquillo en las espaldas. Alguien en un disfraz entero de Goofy -- es una suerte que hoy está fresco. Un camión de bomberos moderno; un carro de bomberos antiguo; un semirremolque Steelcase, lustroso como de costumbre. Una orquesta compuesta de veinte músicos toca repetidamente, luego de una sola práctica, y veo a mis vecinos, marido, mujer e hija, cuyos instrumentos nunca oigo cuando estoy en casa. Se llama la Orquesta Malvarrosas, y la música es pasable.

Ahora a las carrozas. Están sobre carritos rojos de juguete; éste no es el Desfile de las Rosas. Se las juzga y se les otorgan premios. Las bicicletas con rayos adornados con papel crepé, montadas por chiquillos, son demasiadas para contarlas. Tienen que mantenerse detrás de un cordón tirado a lo largo de la ruta; y los padres, a pie o en bicicleta, se entremezclan para acompañar a los más pequeños. ¿Dónde está el perro que tira del carro que transporta al niño? Aquí vienen 15 motocicletas, sus conductores vestidos con chaquetas negras. Seguramente no son los Hell's Angels, los ángeles del infierno; veo un hombre de unos sesenta años conocido por haber servido a su iglesia conservadora en calidad de anciano. Luego vienen los coches convertibles, antigüedades para los chiquillos pero motivo de nostalgia para los mayores. Llevan carteles en pro de políticos titulares y de candidatos que aspiran a sus puestos, pero los políticos saben caminar, no saben montar. Sus subalternos juveniles distribuyen marbetes engomados, banderitas, caramelos. Los políticos sonrían con muecas que hacen doler los carrillos, señalan con el dedo a personas que

conocen, algunas veces se apartan hacia el cordón de la acera para sacudir la mano a un viejo amigo.

Vern Ehlers, nuestro congresista y físico graduado de Berkeley, se destaca por su chaqueta de sport, su camisa blanca y corbata. Dice que se quitará la chaqueta en los otros tres desfiles más tarde en el día. Tímido y formal, parece más desmañado aquí que en las audiencias que transmite el canal de televisión C-SPAN. Hace acto de presencia hasta en los años cuando no hay elecciones, aunque está en un distrito seguro al que parece no preocuparle que la sustancia predomine sobre lo sensacional. Muy pronto muchas camisas están adornadas con marbetes que llevan su nombre. Paul Henry, su predecesor y otro ex predecesor del Colegio Calvin, quien falleció demasiado joven, solían tirarle a la gente barras de chocolate O Henry y, una vez, en la callejuela, le pregunté donde había adquirido el hábito de regalar cosas.

Después caminamos por la callejuela sombreada bordeada de adornos en las verjas y los garajes y, debajo de los carteles de "bienvenida" que cuelgan de cordones horizontales, sostenemos nuestro encuentro anual en medio de los colores rojo, blanco y azul. Hay café para los adultos, ponche para los niños. La buena música que precede y sigue al programa proviene de un buen amplificador de una agrupación que permite que se la conozca durante este día solamente como el Quinteto de Jazz de Malvarrosas. Nosotros los veteranos de Malvarrosas reconocemos más caras que conocemos nombres. Conversamos con aquellos que conocemos, sonreímos con un intento de familiaridad a aquellos que no conocemos. Una pareja de asiáticos, una rareza aquí, pasa a nuestro lado conversando en un idioma extranjero. Los políticos, a quienes se los reconoce de los periódicos y la televisión, saludan en forma controlada pero calurosa. ¿Me reconocen? Hoy sonrío a todos por igual, tanto a aquellos que no reciben mi voto como a los que lo reciben. Veo a una ex estudiante quien me cuenta en forma vehemente cómo solía ella participar con su bicicleta en el desfile. Mirando a mi alrededor, me impresiona ver la cantidad de estudiantes universitarios, quienes por un día abandonan su cinismo seudosophisticado. Allí está mi amiguita favorita de cinco años, adoptada de la India, que vive a dos puertas de mi casa. "Hola, Ericson". Yo la levanto, "Hola, Angela. ¿Te estás divirtiendo"? Sí.

Una de las maestras de ceremonia de la calle Giddings, es halagüeña ante el micrófono. Al subir la bandera por el asta, adolescentes disfrazados de Tío Sam y Miss Libertad nos dirigen en el

Juramento de Lealtad. Chiquillos, como la adolescente a mi lado, al ver las manos sobre los corazones de los adultos, imitan nuestro ejemplo; algunos conocen todas las palabras. Una mujer de voz robusta nos dirige en cantar el himno nacional; lo cantamos con fuerza, de corazón, sorprendidos de nosotros mismos. La oración la ofrece el sacerdote católico de la parroquia local. Me sobresalta cuando la termina con "en el nombre de Jesús", y más me sobresalta el fuerte "Amén" de la concurrencia. Protestantes, probablemente.

Ha llegado el momento de presentar a los funcionarios públicos. Primero "nuestro hombre en Washington", luego el senador del estado, el representante del estado, el comisionado del condado, el alcalde, el comisionado de la ciudad. Cada uno saluda con gestos a la multitud, y cada uno recibe un fuerte aplauso, pero ninguno logra decir una palabra. Hoy nos mueve el patriotismo, no la política. Por lo tanto, a los contendientes, si bien se les permite desfilar, no se los presenta por su nombre, solamente se les da un aplauso general por su presencia.

El orador tiene cinco minutos. Hemos tenido algunos nombres prominentes. Uno de ellos fue el muchacho local, Jerry Ford, que llegó a ser Presidente. Hasta tuvimos un par de extraños, como un congresista de California. Ahora hemos vuelto al espíritu original con un orador local -- ¡miren! un joven vecino que apenas hace dos años estuvo en mi salón de clase, y ahora organiza a los muchachos de la zona céntrica ruinoso de la ciudad para realizar trabajos de jardinería urbana y para fabricar y vender su propia marca de salsa para barbacoa. Habla de regeneración, de acoger a los jóvenes en nuestro aprecio del legado norteamericano. Tiene un buen chiste y da un buen discurso en el estilo que recuerda de su niñez.

Ahora se anuncian los premios para las carrozas -- el primero, segundo y tercer lugar en cada una de las dos categorías: patriótica (cuatro competidores) y medioambiental (seis). En la "patriótica", hay un empate para el tercer lugar, por lo tanto ninguno de los grupos termina último. Y ahora terminamos, como lo hemos hecho durante seis décadas, con "Dios bendiga a América". Es extraño que le erre a algunos tonos. Mirando furtivamente a mi alrededor, veo que no soy el único que experimenta una breve aflicción de la garganta.

Partimos ahora rumbo al resto del día, a nuestra vida en los años noventa, al deporte de los veleros y los baños de sol en el Lago Grande, o la pesca en uno de los muchos lagos pequeños o jugar un

partido de golf (el que tendrá que ser absolutamente horrible para poder echar una sombra sobre este día). A hacer lo que debemos hacer y disfrutar haciéndolo -- eso nos hace sentir bien. Todavía le queda alguna fuerza a este viejo país.

La callejuela se vacía. Los chiquillos se van lamiendo barritas de helado, los sucesores de los barquillos de antaño. Los helados son coloridos: rojo, blanco y azul.

(Distribuido por la Oficina de Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de Estados Unidos. Sitio en la Web: <http://usinfo.state.gov/espanol>)